

CARTA APÓSTOLICA
MANE NOBISCUM DOMINE

RESÚMEN DE TRABAJO

Introducción

El relato de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35), es el pasaje orientador de un año en que la Iglesia estará dedicada especialmente a vivir el misterio de la Santísima Eucaristía. En él, se nos revela la experiencia de caminar con el maestro, muchas veces desconocido en el camino; a la luz de la Palabra, es desesperanzado corazón se enardece, y ante la invitación <<Quédate con nosotros Señor>>, se revela la presencia del Maestro en la fracción del pan.

Esa misma fracción del pan, es el centro de nuestra Iglesia, donde Cristo hace presente el misterio de su muerte y resurrección. En muchas oportunidades como en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, los Concilios Ecuménicos, y los escritos de anteriores pontífices, iluminan un itinerario de comprensión de dicha realidad, mas la intención de esta carta es profundizar y asimilar este misterio.

dedicado a la Eucaristía, no interfiere en el curso ordinario de nuestra pastoral, sino que viene a enraizar el sentido más profundo de nuestra experiencia de Iglesia y todas sus iniciativas.

Diversos marcan hitos en esta iniciativa, empero ahondar en este Sacramento, representa una etapa natural en el devenir natural de la trayectoria pastoral; este documento, resalta la continuidad de esa trayectoria. A solicitud del clero y el episcopado, su vivencia se sitúa en un nivel espiritual tan profundo, que no interfiere en el curso ordinario de la pastoral, sino más bien los enraiza y ancla al sentido de la experiencia eclesial. Esa es la orientación de fondo: acentuar la dimensión eucarística, propia de todo cristiano.

Para profundizar:

- Ilumina esta presentación, leyendo el texto de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35)
- ¿He profundizado mi acercamiento personal y comunitario al Sacramento de la Eucaristía?
- ¿Cómo enriquecer nuestro caminar pastoral, en la vivencia y celebración de la Fracción del pan?

I En la línea del Concilio y del Jubileo.

Con el anuncio e inicio de la preparación del Gran Jubileo del Año 2000, en la Tercio millennio adveniente, no solo recoge la singularidad del hecho cronológico, que sin lugar a dudas hace continuidad de una serie de eventos marcados por la sangre y la violencia que han oscurecido a nuestra Humanidad; en ese contexto, nuestra Iglesia está

convencida más que nunca que debe trabajar por esa humanidad. La encarnación de Cristo es el centro de la historia de la Iglesia, pero también de la historia del Hombre. El Concilio Vaticano II realza la certeza de que las realidades de la fe y del mundo, se comprenden desde Cristo, donde el verbo encarnado es camino de plenitud y redención de la humanidad. Redemptor hominis, pone de manifiesto esta certeza, y engarza con la celebración del Jubileo, la oportunidad privilegiada para llamar la atención sobre esta verdad fundamental.

La plenitud y redención de la historia de la Iglesia y del hombre es atravesada por Cristo. Desde celebrar la Pascua de la semana, con la Eucaristía, santificar el día con la liturgia de las horas, y llevar un ritmo desde el amor, con el Santo rosario: Edificar nuestra vida, desde una espiritualidad eucarística, como María, madre del verbo encarnado.

La celebración del año de la Eucaristía, nos invita a poner la mirada en el salvador, encarnado en el seno de María, que se revela en la Eucaristía y es fuente de vida divina. En la Carta apostólica *Dies domini*, se releva el tema del <<Domingo>>, día del Señor resucitado, y día especial de la Iglesia; somos invitados a redescubrir el corazón del domingo: la celebración eucarística.

Contemplar el rostro de Cristo, requiere de un programa pastoral que, asumiendo una pedagogía eclesial profunda, promueva el arte de la oración como camino de Santidad. La celebración litúrgica, especialmente la Eucaristía dominical, nos invita a vivir una verdadera pascua de la semana. La Liturgia de las horas, nos invita a santificar el curso del día, articulándose la sucesión del tiempo al año del Señor. Y en el arte de orar, el Santo Rosario, como lo expresa *Rosarium Virginis Mariae*, nos permite contemplar al Señor desde una pedagogía del amor, siendo el recorrido por sus misterios, un <<compendio del Evangelio>>, y en sus misterios de Luz, también hayamos como cumbre el don de la Eucaristía. Celebrar con esmero el Sacrificio eucarístico, con el modelo de María <<mujer Eucarística>>.

Para profundizar:

- Te invitamos a rezar el Santo rosario contemplando con especial atención en los misterios de Luz, la experiencia del banquete pascual.
- ¿Somos conscientes de que nuestra historia personal se ve surcada por la obra salvadora de Cristo?
- Al mirar nuestra oración personal y comunitaria ¿cómo propiciamos en nuestra vida una espiritualidad eucarística, atenta a la historia, agradecida y en comunión con el prójimo?

II La Eucaristía, Misterio de Luz

Jesús se presentó a sí mismo como la <<Luz del mundo>> (Jn 8, 12), y como los discípulos de Emaús descubrimos en Él, la luz que ilumina nuestro entendimiento. La Eucaristía es luz, porque en la unidad de sus dos mesas, la mesa de la Palabra y la mesa

eucarística, es Cristo mismo que se revela en las escrituras y al partir el pan. La Mesa de la Palabra nos permite abrirnos a los tesoros de la Escritura. Es Jesucristo quien nos habla en su Palabra; a través de ella, Dios toca nuestra vida y la ilumina.

Como en el acontecimiento de Emaús, solo cuando nuestras mentes son iluminadas y nuestro corazón enardecido, descubrimos al Señor en la Fracción del Pan. Solo así los signos nos hablan. Aunque somos tentados continuamente a reducir el mensaje denso y luminoso de los signos, siendo que somos nosotros quienes debemos abrirnos a las dimensiones del misterio.

Tenemos la certeza de que la Eucaristía es un banquete. Expresa la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros, al cual debemos responder de manera recíproca. Tiene además un sentido de sacrificio; la Misa es su <<Memorial>>. En ella se actualiza el pasado y nos proyectamos al futuro de la última venida de Cristo. Esta dimensión <<escatológica>>, nos abre un camino cristiano de esperanza.

Estos aspectos confluyen en una verdad de fe: La presencia real de Jesucristo. No por exclusión, como si Jesucristo no estuviera en otras formas, sino por antonomasia, porque Cristo sustancialmente está presente en su cuerpo y sangre.

Este gran misterio debe ser celebrado bien, a fin de que sea verdaderamente el centro de nuestra vida cristiana. Con un pueblo partícipe, colaborador en la diversidad de ministerios, con un sagrado sentido de la música que se interpreta, profundizando en el misterio de la salvación, a través de los signos, fieles al proceso del año litúrgico. Por lo que ha de hacerse una catequesis acerca del misterio que se contempla, acercándonos con los gestos y palabras de la liturgia, a fin de centrar nuestra vida en ese misterio que anhelamos comprender.

Jesús presente en el sagrario, es presencia real, y por tanto un polo de atracción que repara nuestra fe y amor, por lo que debemos procurar nuestra contemplación personal y comunitaria; pues descubrimos, a través de nuestra fe, que Dios encarnado se ha hecho nuestro compañero de viaje. La adoración eucarística es particularmente una oportunidad de testimonio y anuncio en nuestras realidades.

La Eucaristía es misterio de Luz. Nos dejamos iluminar por la mesa de la Palabra y de la Eucaristía. Es necesario revitalizar los signos que nos acercan al misterio y no reducirlos. A través de ellos, descubrimos la presencia real de Jesucristo. Somos invitados a enriquecer nuestras celebraciones, a fin de iluminar nuestro entendimiento y enardecer el corazón por contemplar al Señor en la fracción del pan.

Para profundizar:

- Te invitamos a poder tener un momento de contemplación del Señor en su presencia real en el Sagrario. Orando especialmente para que nuestras comunidades se acerquen más profundamente al misterio de la sagrada Eucaristía.

- La invitación y oportunidad dada por la Sacrosanctum Concilium de cuidar, preparar, escuchar y meditar silenciosamente la Palabra, nos interpela ¿Nuestras comunidades han hecho vida estas recomendaciones para dejarnos iluminar verdadera y eficazmente por la Palabra?
- ¿Dejamos que en nuestra Eucaristía los signos nos hablen, o la desvestimos de ellos con un falso fin de hacerla más entendible?

III La Eucaristía, fuente y epifanía de comunión

A la solicitud Quédate <<con>> nosotros, Jesucristo ha respondido quedándose <<en>> nosotros. Recibir la Eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús. Pero esa comunión eucarística no puede comprenderse fuera de la comunión eclesial; El pan eucarístico nos hace ser un solo cuerpo. La Eucaristía es fuente y máxima expresión de unidad eclesial, es epifanía de comunión, por ello, es necesario poder participar de manera plena en la celebración de este misterio. Desde la diversidad de ministerios y funciones, la espiritualidad de comunión nos mueve a sentimientos de apertura, afecto, comprensión y perdón.

La eucaristía, fuente y expresión plena de comunión. A través de ella todos somos llamados ser uno en el Señor, un solo cuerpo; vivir la experiencia íntima de la pascua, en el domingo, día del Señor y de la Iglesia.

La Iglesia congregada en torno a los apóstoles, convocada por la Palabra, comparte no solo bienes espirituales, sino también materiales. Somos invitados a poder acercarnos cada vez más a este ideal, para ello nos valemos de los medios que la misma liturgia nos ofrece.

Un especial esfuerzo es necesario: vivir y redescubrir plenamente el Domingo como día del Señor y día de la Iglesia. Esa intensa experiencia de los apóstoles en la pascua, es actualizada en cada celebración dominical, en comunidad, donde todos están invitados.

Para profundizar:

- Cultiva un especial espíritu de acogida en la eucaristía dominical, esforzándose en comunidad por atender a quienes acuden a celebrar como un solo cuerpo en el Señor.
- ¿Vivo la Eucaristía como una celebración de comunión eclesial, o lo vivo como un rito personal, que no se comparte con los hermanos?

IV La Eucaristía principio y proyecto de misión

La verdadera experiencia del Resucitado, celebrada en la Eucaristía, no puede guardarse para sí. La intimidad de la celebración eucarística, suscita en la Iglesia la exigencia de evangelizar y dar testimonio. El banquete y el anuncio están íntimamente relacionados, actualizar el memorial del Señor implica ser misioneros de ese

acontecimiento; implica comprometerse con el anuncio del Evangelio y animar como cristianos nuestra sociedad.

La Eucaristía no solo nos da la fuerza interior para la misión, nos propone también un proyecto. Es un modo de ser experimentado por los cristianos, que se irradia en la sociedad y en la cultura. Ese proyecto dice relación con el sentido de la palabra Eucaristía <<acción de gracias>>, conlleva encarnar el proyecto eucarístico en la vida cotidiana, donde se trabaja y vive. Debemos procurar una actitud eucarística, por lo que tenemos y somos, dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo, sin miedo a hablar de Él ni de mostrar los signos de la fe, vivir una actitud eucarística procura una cultura de diálogo insertos en nuestra sociedad.

Vivir una verdadera experiencia eucarística, nos mueve a compartir ese don recibido gratuitamente. Sus frutos sólo se reconocen en el compromiso activo y responsable con la cultura y la sociedad. Se expresa en el amor a los hermanos, en la actitud de servicio permanente y en una actitud agradecida y testimonial en nuestro cotidiano vivir.

La Eucaristía es expresión de comunión eclesial, y por lo mismo proyecto de solidaridad para toda la humanidad. Somos signos e instrumentos, no solo de la relación íntima con Dios, sino que también con todo el género humano. Quien participa de ella, ha de ser promotor de comunión, paz y solidaridad. Es responsable de la vida social, cultural y política. La experiencia de la Eucaristía nos impulsa a un compromiso activo y responsable con la construcción de una sociedad fraterna y equitativa. Es Jesús mismo quien nos presenta un modelo radical de servicio; en la misma institución del sacramento, se hace servidor de todos, y el lavatorio de los pies, es signo patente de este criterio, en el se explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía. Debemos entonces como cristianos, ser reconocidos por el amor y la atención a los más necesitados. Una eucaristía que da frutos, solo se reconoce en esta actitud.

Para profundizar:

- Revitalicemos el envío misionero en nuestras celebraciones eucarísticas, desde el sencillo y potente gesto de contar lo visto y oído a quienes nos rodean, a ser testimonio en nuestras familias, trabajos, estudios y actividades.
- ¿Doy testimonio de mi relación con el Señor en la Eucaristía? ¿En qué frutos lo reconozco?
- ¿Cultivo una espiritualidad eucarística en mi diario vivir?

Conclusión

El año eucarístico es una invitación a vivir para toda la Iglesia a vivir en mayor plenitud a contemplar, alabar, y adorar de manera especial este sacramento. Debemos tomar conciencia del maravilloso don que se nos ha confiado gratuitamente. Somos llamados a celebrar con mayor vigor y vitalidad, para que se testimonie desde esa experiencia, que nuestra vida ha sido transformada en el amor.

Pastores, sacerdotes, diáconos, seminaristas y laicos, todos somos llamados a encontrar en la Eucaristía la fuente y culmen de nuestra vida cristiana y a expresar en esa relación un camino de santidad, un llamado a la misión y un anhelo de encuentro con todos los hermanos, en Cristo el Señor.

Que María, mujer eucarística, madre de la Palabra encarnada nos acompañe.